

## LA MISION DEL ARTE.



Discurso leído por nuestro distinguido amigo y colaborador D. Juan Cancio Mena en la «Sociedad literaria de Alicante» el 18 de Marzo último.

Nada más oportuno que hablar del arte, allá, donde se encuentran congregados, como aquí lo estamos, los que al arte rinden culto, los que en el arte se inspiran, los que no conciben la vida sin el éxtasis, los que elevándose á las regiones del espíritu en alas de su fantasía, quieren escrutar los grandes misterios que oculta la existencia á quien no sabe desmaterializarse para presentir lo infinito.

Permitidme, pues, que llame á la oportunidad para no pecar de inoportuno, con quienes me prestan benévola atención.

La susceptibilidad de nuestra alma, la inquietud de nuestra naturaleza y los delirios de nuestro corazón, nos hacen vivir de impresiones más que de ideas, nos hacen ser irreflexivos y febriles, y nos convierten en dóciles instrumentos de las pasiones, en vez de sujetarlas con el vigor de una voluntad enérgica. Por eso, sin detenernos en nuestros juicios, afirmamos arrogantemente lo que está más conforme con nuestras aficiones; por eso, ántes de meditar con calma, ántes de formar conciencia, nos lanzamos á vías de hecho, nos empeñamos en todas las empresas que excitan nuestra codicia ó halagan nuestra ambición.

Ni lo justo, ni lo racional, ni lo generoso, ni lo verdadero, ni lo noble, son los estímulos constantes del hombre.

Y como esos móviles son los únicos que pueden labrar nuestra ventura; y como esos resortes son los exclusivos que pueden purificar nuestra alma; y como esos recursos son los eficaces para guiar la

actividad de un modo tal que se realice en el mundo la gran ley de la armonía, es evidente que hay que conspirar sin tregua ni descanso contra los enemigos irreconciliables de nuestra ventura, que hay que conjurarse para destruirlos radicalmente, que hay que levantar una cruzada para que las ideas se rectifiquen, para que las pasiones se templen, para que los sentimientos se regeneren, para que el amor se exalte en los espíritus, para que la caridad anide en las almas, y para que allá donde exista un hombre, se encuentre un mundo de grandeza, defendido por un baluarte de heroísmo.

Y dónde encontraremos la fuerza misteriosa que realice tantos prodigios? ¿Dónde encontraremos un agente poderoso de la verdad, un vehículo propagandista de la virtud y un fluido moral que nos sobrenaturalice?

En el arte, y solo en el arte. Hé aquí lo que intento demostrar.



Es preciso reconocer que toda la grandeza de las facultades del alma se malograria tristemente, si la sensibilidad no fuese á la vez que su estímulo más eficaz, su objetivo permanente.

La inteligencia, al investigar las relaciones de las cosas, y la voluntad al adoptar sus resoluciones, se inspiran más ó ménos en la sensibilidad, porque el corazon es el aliento de todas las ideas y el foco de todas las determinaciones anímicas.

Suprimase la sensibilidad, y desaparece el hombre, porque la atmósfera del hombre es el sentimiento. Por eso, los espíritus gastados por la ociosidad, que es el suicidio temporal del alma, y enervados por el vicio, que es la lepra del corazon, no saben vivir, porque no pueden sentir esas emociones embriagadoras que embellecen el mundo, y que excitan el movimiento armónico de todas nuestras potencias.

Hacer sentir los afectos sublimes que nos elevan sobre nuestro organismo, es hacer ver que hay en nosotros un elemento más grande que la materia animada; es demostrar que nuestro destino no es la esfera terrestre, sino que somos peregrinos que marchamos entre abrojos, en busca de lo que deseamos ardientemente; de una existencia de afectos purísimos, infinitos, grandiosos; sin espacio que los aprisione, ni término que los haga esclavos del tiempo.

Que deseamos ese ideal, nadie lo desconoce.

Que ese ideal es la ley de nuestra naturaleza moral, no puede negarse.

Por eso, todo lo que nos preste apoyo para exaltarlo en nuestro sér, y aliento para perseguirlo ardientemente, es un elemento salvador que debemos conservar con esmero, es una arma divina que Dios puso en manos del hombre, para que luche con todas las voluptuosidades que le bastardean, con todas las pasiones que le corrompen, con todo, en fin, lo que le materializa y le aparta de las vías eternas.

Y el arte es el elemento que realiza el milagro de conservar al hombre en la tierra y levantarlo hasta ese punto misterioso en que siente goces divinos, hasta ese punto que es la penumbra entre lo corruptible y lo inmortal.



Fijémonos en las múltiples formas del arte, y veamos los prodigios que opera en nuestro ser.

El egoísmo humano es el secuestro del alma por el cuerpo; es la esclavitud de la voluntad á las pasiones, es la negación práctica de la libertad, es el gérmen de todas las disonancias, es la causa perenne de los extravíos de la inteligencia, es el semillero del vicio, es la destrucción de nuestro ser. Y á ese enemigo tan formidable de nuestra ventura, lo vence y avasalla el arte.

¡Observad! ¡Observad! ¡Apenas se percibe un eco lejano que excita rápidamente la atención de quien materializado en el mundo, no se acuerda para nada de una esfera superior! Y el rumor que le atrae es un rumor de armonía.

En el silencio sepulcral de oscura noche, cortan los espacios misteriosas corrientes de voces argentinas. Es el lamento dolorido de tristes desterrados que lloran la ausencia de su pátria; que suspiran por el hogar perdido, que se enervan en la atmósfera helada de tierra inhospitalaria.

Y al sentirse impresionado por eco quejumbroso el hombre egoísta, parece que se levanta sobre sí mismo; que una nueva fuerza le vigoriza; que una sávia divina le regenera; que su espíritu cobra un brío ignorado; que se pone en acción; que quiere desprenderse de su

propio ser para buscar en otro ser algo más grande que su ruindad; porque nace á una vida que le sorprende, llena de encantos seductores y de inefable dicha; porque el amor ha brotado en su alma y el amor le ahogaría, si no lo expansionase en afectos generosos, si no buscase el dolor para aliviarlo; si no se identificase con los que lloran, si no se confundiese con sus semejantes en una unidad sublime, en una solidaridad inefable, en la armonía de las almas. Tal es el prodigio que el arte musical, en su más sencilla expresion, opera en el ser humano, para arrancancarle el egoismo.

Y cuando la pátria peligra; cuando los grandes intereses sociales corren riesgo inminente; cuando la justicia es hollada, y el derecho escarnecido y las virtudes se profanan, se despierta en los hombres honrados el noble deseo de vengar torpes ultrajes; pero quizás la debilidad en unos y el egoismo en otros, los detiene en su empresa reparadora, cuando la voz del clarin guerrero les da el grito de combate, y los embriaga heróicamente, y los fortalece y los alienta, y los lleva á librar luchas terribles contra las fuerzas usurpadoras; y les hace olvidarse de todos los afectos que al mundo les ligan, para no acordarse de otros intereses que los morales; el interés de la justicia, de la honra, de la dignidad; intereses que engrandecen nuestro ser y le dicen elocuentemente que no son privativos de la vida que muere, sino que se relacionan con la vida eternal. Véase el poder del arte.

JUAN CANCIO MENA.

*(Se concluirá)*

---

## LA MISION DEL ARTE.



Discurso leído por nuestro distinguido amigo y colaborador D. Juan Cancio Mena en la «Sociedad literaria de Alicante» el 18 de Marzo último.

(CONCLUSION).

Y si el arte lo extendemos á otras esferas; si con la música expresamos las simpatías más ardientes; las penas más profundas; los afectos delirantes; los deseos más grandes: en la música encontraremos un desahogo para el corazón atribulado por el infortunio inmenso, ó ávido de amor, ó sediento de ternura, ó codicioso de un mundo ideal para sus fantásticos ensueños. Ese límite entre lo infinito y lo finito, se encuentra en las armonías celestes del arte.

El mágico pincel de un pintor, robando á la naturaleza sus colores y al sol su luz, nos ofrece cuadros magníficos que nos apartan de las asperezas de la vida real y despiertan en nuestra alma el amor á lo bello; preliminar del amor al bien, é incentivo ardiente de las grandes virtudes.

Y la palabra, esa potencia soberana del espíritu, sin la cual la idea, si pudiera concebirse, se ahogaría en el seno del alma y no se expansionaría en la humanidad; la palabra, ese motor eléctrico de los afectos más vehementes; ese propagandista infatigable de todo lo que el hombre es y quiere, produce las grandes unidades morales que tienden á concluir con todas las disonancias perturbadoras del mundo.

La palabra es, en todas las esferas, la luz y el calor; la luz que brota en nuestra inteligencia al sople sutil de un sonido articulado; y el calor que da vigor y energía á nuestros corazones.

La palabra didáctica y la palabra estética deben adunarse para herir el espíritu y abrirle anchos cauces donde se precipiten las ideas más salvadoras y los sentimientos más fecundos.

Y el arte de la palabra, es el medio de traducir en lenguaje genuino lo que pensamos y lo que sentimos; de comunicar nuestro sér con nuestros semejantes; de vivir uno en todos y todos en uno; de convertir al hombre en una poderosa palanca de la civilizacion.

El orador sagrado, el forense, el tribunicio, todos, absolutamente todos, deben buscar la verdad en análisis profundos; pero las grandes ideas morales deben difundirse, interesando el corazon, porque se conquistan con las armas del sentimiento.

El novelista debe impresionar con narraciones seductoras, con tipos de atraccion, con episodios peregrinos; debe revestir sus conceptos de formas galanas; debe subordinarse á las leyes estéticas; leyes que no puede infringir sin traicionar su ministerio; leyes que permiten denunciar el vicio y ponerle correctivo eficaz; pero que no transigen con el grosero materialismo que busca el interés excitando la voluptuosidad del corazon.

Y el poeta, el que canta todas las bellezas del mundo y quiere remontarse al cielo, no puede descender sin morir asfixiado y degradado, al cieno en que se agitan las pasiones bastardas.

Y el periodista, ese infatigable obrero del pensamiento, ese centinela avanzado de la prensa, que con su mirada penetrante sondea las cuestiones candentes del órden sócial, escruta los sucesos del dia y se anticipa á los del porvenir, no puede apartarse del arte si ha de dar forma digna á sus aspiraciones generosas y á sus propósitos honrados; no puede prescindir de la belleza en todo cuanto escribe, expone y comenta; porque el periodismo es un arte especial de la palabra que no prosperará nunca, si no sabe cautivar los espíritus; porque no puede ser propagandista de la idea quien no sepa secuestrar los corazones.

La arquitectura, irguiéndose arrogante en esos templos misteriosos que elevan sus gigantescas cúpulas hasta confundirse con las nubes, y abriendo majestuosos espacios al pensamiento místico para que en la tierra se derrame en virtudes y suba al cielo en suspiros, en el arte divino inspira sus concepciones, y á ese arte, y solo á ese arte, debe sus milagros estéticos.



En ocasion solemne y dirigiéndonos á los eminentes artistas narros que son blasones gloriosos de la estética española, les decíamos que el arte es capaz de despertarnos á la vida inmortal; porque real-

mente, quien arrancase del arte el timbre nobilísimo de la divina inspiración, quien lo emancipase del cielo y lo encerrase en la men- guada esfera terrenal, no sería capaz de crear ni de interpretar esos ideales á que tiende irresistiblemente el alma, ideales que nos fasci- nan; que parecen la imágen de la perfección y que nos dirían ¡basta! si no nos dijese con voz arrobadora ¡adelante! ¡adelante! que aún hay más allá, aún hay una pátria sin fronteras, una pátria á la que nos llaman constantemente los génius y los artistas produciendo emocio- nes que nos ahogarian si no las expansionásemos en la esfera de lo infinito.

No, no; el arte no es terrenal; no es patrimonio del tiempo; ni se limita á producir deleites instantáneos, porque entónces el arte sería un fantasma cruel que nos despertaria ilusiones brillantes para arreba- tárnoslas inícuamente; porque entónces, el arte, sería la omnipoten- cia del mal, levantándonos á las esferas de la luz divina para dejarnos ciegos.

El arte es más grande que todo lo que devora el tiempo; porque parece el eco de la voz divina llamándonos á nuestros destinos sú- premos; porque es el ángel del corazón deteniéndonos amorosamente ante el océano tempestuoso del egoísmo, porque prepara el alma para los sentimientos de abnegación y de heroísmo que el cielo de- rramó sobre la tierra.

El arte bastardo, el que se materializa, el que cobarde é impoten- te no puede levantar su vuelo á las alturas de la belleza espiritual, y se complace en atizar el fuego de las pasiones, ese arte es el gran ti- rano del alma.

Los falsos artistas producirán impresiones que deleiten, que em- briaguen, que perturben; pero no dejarán más huella que la de sus de- sastres.

Los verdaderos artistas son los que elevan el alma y á la vez la abisman en éxtasis profundo, los que ilustran, los que educan, los que moralizan; los que hacen sentir esa belleza espiritual que es la que armoniza todos los intereses humanos; los que, en fin, realizan la sublime misión del arte que es recordar al hombre que su destino no es temporal sino eterno; porque, en definitiva, el arte, es el rayo del cielo que llega al corazón á través de las sombras de la tierra.

JUAN CANCIO MENA.

